

GUERRA DE SUCESIÓN ESPAÑOLA:
EL COMBATE DE ALMENAR (1710)

Germán Segura García

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	2
SITUACIÓN DE LOS CONTENDIENTES ANTES DE LA CAMPAÑA	4
PLANES PARA LA CAMPAÑA DE 1710 EN LA PENÍNSULA	7
OPERACIONES EN TORNO A LÉRIDA	12
COMBATE DE ALMENAR	17
EPÍLOGO	22
EXTRACTOS	26
TABLAS	29
MAPAS	31
BIBLIOGRAFÍA	32

INTRODUCCIÓN

Almenar es una pequeña población catalana situada en la ribera occidental del Noguera Ribagorzana a poco menos de 20 kilómetros al norte de Lérida siguiendo la carretera N-230. Hasta su ingreso en Aragón, esta carretera corre muy próxima al canal de Pinyana, una acequia subsidiaria del Noguera que reparte sus aguas por los regadíos de Almenar y otras poblaciones de la zona como Alguaire y Alfarrás. Si bien en tiempos recientes el núcleo urbano de Almenar se ha expandido hacia el canal de Pinyana a caballo de la N-230, sus primeros pobladores buscaron, desde antiguo, mayor seguridad en las estribaciones orientales de la Sierra del Sas, en realidad un continuo de planas bastante uniforme (oscilando entre 370-380 metros de altitud) que se levanta una centena de metros sobre el valle del Noguera y que permitió tradicionalmente la práctica de los cultivos de secano. Desde sus alturas (las máximas rondan los 390 metros) y hasta donde alcanza la vista, se muestra en dirección Este la plana que se extiende hacia el río Segre, en los confines del Urgel.

Sobre estos campos del Sas, ante los ojos de los habitantes de Almenar, tuvo lugar durante la Guerra de Sucesión española un espectacular encuentro entre las fuerzas del archiduque Carlos (Carlos III para sus partidarios) y del duque de Anjou (Felipe V de Borbón). El combate del 27 de julio de 1710 en Almenar consistió principalmente en un choque de caballería que se resolvió en pocas horas y que supuso la retirada del ejército borbónico de Cataluña y la incursión en Aragón del ejército austracista camino de Madrid con todo su potencial bélico.

Hasta entonces, los aliados del archiduque Carlos, principalmente Inglaterra, Holanda y Austria, se habían impuesto militarmente en el escenario europeo a Francia, única valedora internacional de las pretensiones de Felipe sobre el trono de España. En Flandes, Italia y Alemania las derrotas de los ejércitos de las Dos Coronas (España y Francia) se sucedían sin solución año tras año desde el inicio de la guerra lo que impulsó a Luis XIV, abuelo de Felipe V,

a buscar un acuerdo de paz por separado. Rotas las negociaciones a principios de 1710, el bando aliado debía intentar un último esfuerzo en España para llevar al archiduque de nuevo a Madrid y conseguir la sumisión de todos los españoles a su regia persona.

Recordemos que en 1706 el archiduque Carlos había ocupado momentáneamente Madrid en una primera ofensiva sobre la capital, pero la pertinaz resistencia de las tropas borbónicas en Castilla impuso una retirada estratégica a su ejército. La guerra prosiguió posteriormente en los diferentes campos de batalla europeos y la balanza se fue inclinando lentamente hacia el bando aliado. Sin embargo, la situación en España no estaba del todo clara. La derrota aliada en Almansa (25 de abril de 1707) propició la ocupación de los reinos de Valencia y Aragón por las tropas de Felipe V y la presión militar sobre Cataluña, el último baluarte austracista, donde se encontraba instalada la corte del archiduque desde su llegada a Barcelona a finales de 1705.

La victoria definitiva sobre el bando borbónico pasaba por conseguir la rendición de Luis XIV o la expulsión del duque de Anjou del trono hispano. La primera opción fue tanteada a lo largo de 1709 aprovechando el agotamiento bélico de Francia. Al fracasar ésta, los aliados optaron por aumentar sus fuerzas en la península ibérica e intentar un nuevo asalto militar sobre Madrid.

Así se plantearía la campaña aliada de 1710 en España, cuyo eje principal de progresión iría de Cataluña a Madrid pasando por Aragón. Los borbónicos, por otro lado, esperaban este año acabar con la resistencia austracista centrada en Barcelona y disponían para este objeto sus fuerzas en el Ampurdán y Lérida, territorios que permanecían en su poder desde años atrás.

La insistencia de los partidarios de uno y otro bando en que los dos pretendientes al solio español lideraran en el campo de batalla sus fuerzas respectivas es fiel reflejo de las esperanzas que tanto unos como otros habían depositado en esta campaña. Los peligros que deberían afrontar estaban sin duda a la altura del galardón que estaba en juego.

Como aconsejaba en un tratado político un escritor contemporáneo, «*cuando con una batalla se pierde la soberanía del Imperio, entonces no ha de regatearse el Príncipe a los riesgos*»¹; y tanto Felipe el Animoso como Carlos, el futuro César alemán, no eludieron las penalidades propias de una campaña militar ni los peligros inherentes a ella ya que, en el transcurso de la misma, incluso debieron ser instados por sus generales a retirarse del campo a lugar seguro para evitar ser heridos o capturados por su rival.

Una de esas ocasiones en la que los dos príncipes se acercaron peligrosamente allá donde tronaba el cañón y se entrecruzaban los sables fue en el combate de Almenar, acción y circunstancias que vamos a relatar en las siguientes páginas.

SITUACIÓN DE LOS CONTENDIENTES ANTES DE LA CAMPAÑA

La Guerra de Sucesión al trono hispano iniciada en 1702 había llegado a un punto álgido después de 7 años de combates en buena parte de los campos de Europa. Los aliados, dirigidos desde el inicio de la guerra por el triunvirato formado por el duque de Marlborough (en nombre de la reina Ana de Inglaterra), el gran pensionario Heinsius (por las Provincias Unidas) y el príncipe Eugenio de Saboya (delegado del emperador), habían tomado la iniciativa de las operaciones a partir de 1704 y, en 1708, el bando borbónico había perdido los Países Bajos españoles y los territorios italianos de la monarquía católica, combatiéndose por entonces hasta en la misma Francia.

Por si esto fuera poco, el año 1709 fue desastroso para las Dos Coronas. En primer lugar, un invierno rudo asoló Europa destruyendo buena parte de los cultivos franceses y acabando de debilitar aún más un país sobre el que había recaído principalmente el peso de la guerra². En

¹ SOLANES, Francisco: *El Emperador Político y Política de Emperadores*. Impreso por Joseph Llopis. Barcelona, 1700, vol. I, p. 379.

² El 5 de enero de 1709, el termómetro bajó hasta -16° en París, -11° en Marsella y -18° en Montpellier. De noviembre de 1708 a marzo de 1709 se contabilizaron en Francia 58 días de heladas, bajando en 21 ocasiones el termómetro por debajo de los -10°. El frío y el hambre subsiguiente pudo causar 800.000 víctimas en el país durante dicho año. Holanda e Inglaterra, dependientes en mayor grado de los aprovisionamientos marítimos, se sustrajeron

enero, el Papa Clemente XI reconoció al archiduque Carlos como rey de la monarquía española, lo que conllevó a fragilizar la situación internacional de Luis XIV y también, cómo no, la de Felipe V ante sus súbditos, al ser señalado como intruso en el trono hispano por el mismo jefe de la cristiandad católica.

El estado precario del ejército francés y el desánimo en la corte de Versalles³ aconsejaron al rey Sol el envío de un emisario a la Haya, sede de la Gran Alianza, para negociar un acuerdo de paz con los aliados. La arrogancia de los holandeses impuso a España y Francia unas condiciones desorbitadas y aunque Marlborough y Eugenio de Saboya hubiesen deseado a toda costa suavizarlas, al final no se pudo concretar ningún acuerdo. Los aliados no sólo pedían la cesión de la mayor parte de la monarquía para el archiduque Carlos y avances ventajosos en las plazas de la barrera holandesa y Alsacia, sino que además exigían a Luis XIV que obligara a su nieto a abandonar España en el plazo de diez meses.

La indignación de los borbónicos ante estas condiciones y la orden de publicarlas para conocimiento de los pueblos provocó una ola de patriotismo en Francia y España y un aumento en la moral de las tropas que tendría gran importancia a la hora de afrontarse la nueva campaña. La batalla de Malplaquet (11 de septiembre de 1709) demostró hasta que punto los borbónicos eran capaces de realizar un sobreesfuerzo para sostener a sus monarcas. El ejército aliado,

mejor que Francia a esta crisis de subsistencias. En cuanto a España, «no había en los vivientes memoria de tan excesivo frío como el de este año. Heláronse en Cataluña los ríos Ebro, Segre, Ter, y hasta los ríos Llobregat y Besós. El primero, hasta su entrada en el mar; los otros, en lo más de sus corrientes». CASTELLVÍ, Francisco de: *Narraciones históricas*. Fundación Francisco Elías de Tejada y Erasmo Pèrcopo. Madrid, 1998, vol. II, p. 601. La princesa de los Ursinos, camarera mayor de la reina española, comentaba en una carta a la esposa secreta de Luis XIV, Madame de Maintenon: «Madrid, 14 de febrero de 1709: Tenemos, señora, una nevada y una helada tan grande en este país desde hace algunos días, que nadie recuerda haber visto algo parecido». *Correspondance de Madame de Maintenon et de la princesse des Ursins. 1709: une année tragique*. Éd. Marcel Loyau. Mercure de France, 2002, p. 87. (T.A.)

³ La sensación de pesimismo en el entorno de Luis XIV queda patente en la carta de Madame de Maintenon dirigida a la princesa de los Ursinos y fechada el 14 de enero de 1709: «No sé que deciros, señora, estando tan abrumada como me encuentro. Veo lo que había previsto y lo que a menudo miraba como los efectos de un temor llevado demasiado lejos: me cruzaba con personas de bien que me decían que era muy pesimista y que trataban de animarme; ahora no estoy más afligida que los otros y todo el mundo piensa igual. Es cierto, señora, que el rey se mantiene todavía con la misma firmeza, pero me temo que no muestre tal fortaleza en su interior, aunque su salud hasta el momento es muy buena. El Sr. Mariscal de Boufflers trabaja catorce horas al día; me temo que desfallezca... Este buen Mariscal entra en todos los detalles para el restablecimiento de las tropas, y tenemos tantas que habría que

comandado por Marlborough y Eugenio, concentraron al sudeste de Mons unas fuerzas que se elevaban a 110.000 hombres y se enfrentaron por el espacio de 9 horas a los 70.000 borbónicos al mando de Villars y Boufflers. A pesar de los heroicos esfuerzos franceses, con el mariscal Villars herido gravemente en la rodilla y ante la superioridad numérica del enemigo, Boufflers tuvo el honor de ejecutar una de las retiradas más ordenadas y disciplinadas de toda la historia militar. La extrema violencia del combate dejó sobre el campo cerca de 40.000 víctimas (7.800 muertos y 16.400 heridos en el bando aliado; 4.500 muertos y 8.000 heridos para los franceses) y conllevó días más tarde la ocupación de la plaza de Mons por los aliados.

Tras esta nueva derrota, Luis XIV reanudó las negociaciones de paz, que fueron secundadas sobre todo por Inglaterra, donde Marlborough y el partido belicista habían caído en desgracia ante la reina debido a las graves pérdidas de la última campaña. En marzo de 1710 comenzaron a reunirse en Gertruydenberg, cerca de Breda, los representantes aliados con el delegado francés, mientras que Felipe de Borbón y Carlos de Austria enviaban también sus representantes en calidad de observadores.

Aunque se barajaron distintas combinaciones para el reparto de los territorios de la monarquía española entre los dos pretendientes, el ofrecimiento de Luis XIV se podría resumir en entregar España al archiduque Carlos mientras se dejaba a Felipe con los dominios italianos y flamencos de la monarquía. En ningún caso estaba dispuesto el rey Cristianísimo a declarar la guerra a su nieto ni a tomar ninguna medida violenta contra él, como se le había exigido en negociaciones anteriores.

A los aliados no les bastaba con que el monarca francés hubiera ofrecido subsidios para ayudarles a destronar a su nieto; según ellos debía implicarse desde el primer momento en la evacuación inmediata de España antes de entrar con más detalle en el articulado de los acuerdos

esperar algo de bueno si no fuera por la falta de dinero, aunque haya mucho en Francia; los malos sucesos de esta campaña han alarmado tanto París que ya no se encuentra crédito». *Ibidem*. pp. 85-86. (T.A.)

de paz⁴. Además, la idea de entregar Italia y Flandes a Felipe no les era muy atractiva, ya que dichos territorios estaban en manos aliadas a costa de mucha sangre y el emperador consideraba el ducado de Milán como feudo imperial.

Llegados a un punto en el que nadie quería ceder, la ruptura de negociaciones fue al final bien acogida por casi todas las partes: Francia se las prometía felices oteando la crisis política en Inglaterra; Marlborough quería recobrar el favor de su reina ganando nuevos lauros en el combate; el emperador no veía otro camino para desalojar España de los Borbones; Felipe V estaba dispuesto a morir al frente de su último escuadrón antes que verse cubierto de infamia; el archiduque Carlos, por último, veía su situación diplomática muy ventajosa y ansiaba dar el golpe de gracia a su rival.

El 20 de julio de 1710, los delegados franceses se retiraron a París dejando recaer toda la responsabilidad de la continuación de las hostilidades sobre los aliados: «*Su Majestad dejará a juicio de Europa el reconocer a los verdaderos autores de la continuación de una guerra tan sangrienta*»⁵.

Pero paralelamente a las negociaciones de paz, la campaña de 1710 ya se había iniciado en España y las fuerzas de ambos contendientes estaban a punto de medirse en algún lugar de Cataluña, en torno a Lérida.

PLANES PARA LA CAMPAÑA DE 1710 EN LA PENÍNSULA

Razón de la más alta política es que un Estado, aún enzarzado en negociaciones de paz con otra potencia, actúe con previsión y ejecute todos los preparativos militares necesarios para salir a la campaña en la hipótesis de que al final no se concluya ningún acuerdo favorable. Actuar de otro

⁴ «Los plenipotenciarios de Francia llevaron su humillación hasta prometer que el rey daría dinero para destronar a Felipe V, y no se los escuchó; exigiéndoseles que Luis XIV, para comenzar, se comprometiera él solo a expulsar de España a su nieto por medio de las armas». VOLTAIRE: *El siglo de Luis XIV*. Fondo de Cultura Económica. México, 1996, p. 236.

⁵ Para más detalles sobre estas negociaciones ver en CASTELLVÍ, Francisco de: *Narraciones históricas*. Fundación Francisco Elías de Tejada y Erasmo Pèrcopo. Madrid, 1999, vol. III, pp. 16-18.

modo no sería propio de un Estado que diga defender sus intereses y pocas veces en la historia veremos políticos tan ingenuos como para no prever una “solución militar” allá donde pueda fracasar la diplomacia. Éste no fue el caso de las principales potencias europeas en 1710: las negociaciones entre los plenipotenciarios continuarían tediosamente en Gertruydenberg hasta bien entrado el verano, pero en las distintas cortes ya se habían diseñado concienzudamente los planes de campaña desde mucho tiempo antes, ya se habían otorgado los subsidios para el nuevo esfuerzo bélico y reclutado, en fin, las tropas que acabarían de completar las plantillas de sus distintas unidades de combate.

En fecha tan temprana como noviembre de 1709, los ingleses habían desembarcado en Cataluña 13 batallones de infantería y 1.000 dragones. Además, se habían comprometido a formar otros 8 regimientos para transportarlos cuanto antes a Barcelona y, a principios de la primavera, su Parlamento destinaba 1.126 millones de libras para sostener la guerra en España⁶. En el mismo bando aliado, el emperador resolvió enviar para participar en la campaña peninsular tres de sus regimientos de dragones que servían en Italia y 5.000 reclutas para ser integrados en sus regimientos apostados en el Principado. Los holandeses, por último, también destinaron 1.000 reclutas para completar sus unidades en la península.

Francia, por su lado, había ordenado a finales de 1709 la retirada de sus tropas desplegadas en España. De esta forma Luis XIV, con la vista puesta en Gertruydenberg, pretendía hacer ver a los aliados que deseaba fervientemente la paz y que no se iba a obstinar en mantener a su nieto a costa de la continuación de las hostilidades. Sin embargo, el rey francés favoreció en cierta medida la desertión de sus tropas para que se quedaran en España al servicio de Felipe de Borbón y le sostuvieran en la previsible campaña de 1710⁷. Además, destinó a la frontera del

⁶ VOLTES, Pedro: *Barcelona durante el gobierno del Archiduque Carlos de Austria (1705 – 1714)*. Tomos II. Ayuntamiento de Barcelona y C.S.I.C. Barcelona, 1963, p. 209.

⁷ Según CASTELLVÍ, *Op. cit.* III. p. 23: «desde el noviembre al febrero acabaron franceses de salir de España, a reserva de 6000 hombres, que quedaron en las plazas de San Sebastián, Fuenterrabía y otras de Navarra... (El rey Luis) resolvió con gran arte que con el pretexto de desertión sobre la marcha al salir de España se quedasen más de 5000 hombres irlandeses, alemanes, suizos y otros extranjeros, tolerando dejar el servicio y tomar el de

Ampurdán 38 batallones y 34 escuadrones al mando del duque de Noailles con el objeto de distraer fuerzas aliadas y facilitar el avance hacia Barcelona de las tropas borbónicas emplazadas en Lérida.

El ejército borbónico al inicio de la campaña se componía en España de 152 batallones de infantería y 123 escuadrones de caballería y dragones. Como señala Castellví, «*el rey Felipe unió más fuerzas que todos los antecedentes años, lo que no se había visto en los reinados de Felipe IV y Carlos II*»⁸. La distribución de estas fuerzas en la península fue la siguiente: en la frontera de Portugal, al mando del marqués de Bay: 29 batallones y 4.000 caballos; en Andalucía, al mando del general don Francisco Manríquez: 14 batallones y 15 escuadrones; en Galicia y Guipúzcoa, al mando del marqués de Risbourg: 20 batallones y 20 escuadrones; en Castilla: 4 batallones y 10 escuadrones; en Ceuta: 5 batallones; y, por último, en un amplio frente que iba de Navarra a Valencia, 80 batallones y 72 escuadrones, al mando del marqués de Villadarias⁹. De este último contingente, la mayoría de fuerzas se encontraban en el ejército principal de Cataluña que, aún sin concordar las fuentes en el número exacto de unidades, pudo componerse de alrededor 60 batallones y cerca de 70 escuadrones (aproximadamente 30.000 infantes y 10.000 caballos)¹⁰.

El archiduque Carlos por su parte dependía en gran medida de las fuerzas que sus aliados destinaban a la península, disponiéndose sus efectivos en tres frentes principales: en Portugal, los aliados sumaban 26 batallones y 42 escuadrones al mando de los generales Skonongel y conde

España, y a muchos franceses y oficiales subalternos con pretexto de flamencos para dar a entender en apariencia desamparar la España». Fue en este momento cuando se contratan cuatro Regimientos irlandeses que antes estaban al servicio de Luis XIV: Mac Aulif (futuro Ultonia), Castelar (futuro Hibernia), Comesford y Liria. Ver en MUÑOZ-ALONSO: *El Ejército de los Borbones*. Vol. I. Servicio Histórico Militar. 1989, p. 33.

⁸ CASTELLVÍ, *Op. cit.* III. p. 24.

⁹ D. Francisco del Castillo Fajardo, marqués de Villadarias, había combatido largos años en Flandes, donde alcanzó el empleo de maestre de campo y ocupó el cargo de gobernador de Ostende. De vuelta a España fue nombrado Capitán General de Andalucía, puesto que ocupaba cuando se produjo el desembarco aliado en Cádiz (1702). La defensa que hizo de la plaza le valió las alabanzas de la corte. En 1704, sin embargo, mientras se encontraba con sus fuerzas en la frontera portuguesa, los aliados tomaron Gibraltar y el marqués cayó en desgracia, siendo apartado del mando. Durante la campaña de 1710, el rey Felipe le hizo llamar para que dirigiese las tropas que iban a operar en Cataluña.

¹⁰ Ver Tabla 1.

de Villaverde; en el Ampurdán, al mando del teniente general barón de Wetzel se hallaban 10.000 hombres; por último, en el ejército principal de Cataluña, el mariscal Starhemberg¹¹ contaba en julio de 1710 con 40 batallones y más de 6.000 caballos.

Aunque la campaña primaveral todavía no se había iniciado, las unidades apostadas en el frente catalán no cesaron durante los primeros meses de 1710 de realizar operaciones de hostigamiento para llevar la inquietud al enemigo y tratar de obstaculizar el movimiento de suministros. Desde Balaguer, la principal plaza aliada en el frente leridano, los voluntarios catalanes lanzaban sus partidas más allá de los ríos Ebro, Cinca y Segre, atacando los cuarteles borbónicos en Aragón y Cataluña, y capturando constantemente víveres y acémilas al enemigo. Los voluntarios aragoneses refugiados en territorio catalán hacían igualmente incursiones por Aragón entorpeciendo las comunicaciones entre Zaragoza y Lérida e incluso llegaron a ocupar el castillo de Sangarrén, vecino a Huesca.

El aumento de las tropas borbónicas en Aragón, prontas a iniciar la campaña, redujo la actividad aliada y provocó gran inquietud por la expectativa de que pudieran atacar Balaguer antes de que se recibieran las tropas que se esperaban de Italia para completar el ejército de Cataluña. Para reforzar sus posiciones en torno a Lérida, Starhemberg ordenó el 12 de marzo que una parte de sus tropas se acantonasen en Cervera y Calaf, donde se estaban formando los almacenes de víveres para la campaña, y reforzó la guarnición de Balaguer con 2.500 hombres.

Días más tarde, el 16 de marzo, el archiduque Carlos se reunió con sus generales en consejo de guerra para fijar el plan de operaciones y los objetivos a alcanzar durante la campaña. En la reunión prevaleció el parecer del mariscal Starhemberg que consideraba primordial acudir hacia

¹¹ Guido Graf von Starhemberg (1657-1737) era hijo de Ernst Rüdiger von Starhemberg (1638-1701), jefe de las fuerzas imperiales durante el famoso sitio de Viena por los turcos en 1683. Allí, el joven Guido actuó como ayudante de su padre, continuando la lucha contra los turcos al mando del príncipe Eugenio. Durante la Guerra de Sucesión, combatió primero en Italia, siendo nombrado comandante en jefe de los ejércitos imperiales en suelo español en 1708. A pesar de su avanzada edad, ostentó el cargo de Capitán General de Cataluña y dirigió las fuerzas aliadas en la campaña de 1710.

la zona del Segre, donde tan sólo se sostenía la plaza de Balaguer. La opción de atacar a los borbónicos en el Ampurdán fue dejada de lado ya que, por un lado, se entendía que si las tropas francesas penetraran hacia el sur, la plaza de Gerona sería capaz de retener por sí sola el avance, entorpeciendo gravemente la cadena logística del enemigo. Por otro lado, un ataque del ejército aliado en dirección norte era considerado como un esfuerzo inútil carente de objetivo militar claramente definido: aunque se lograra penetrar en Francia, había pocas posibilidades de ocupar plazas importantes como la de Perpiñán y además se sustraían fuerzas que podrían dedicarse con más acierto a obtener ciudades en Aragón y Valencia. En cualquier caso, siempre era preferible enfrentarse directamente contra el ejército del duque de Anjou y tener opción a derrotarlo, que actuar sobre el Rosellón sin ninguna mira estratégica. Tomada en consideración la primera opción, los aliados dispusieron reforzar los castillos y plazas de Gerona (2.000 infantes y 1.500 caballos), Tarragona (dos batallones), Berga, Cardona y Castelciudad, y por último, desplegaron las unidades del ejército principal y les ordenaron ocupar lo antes posible sus puestos, principalmente a la infantería¹².

Mientras tanto, el rey Felipe también había decidido salir hacia Cataluña para buscar un triunfo decisivo contra su rival austriaco. Resueltos los problemas de última hora en la corte de Madrid, Felipe salió con varios días de retraso sobre lo planeado en un principio y, tras diez días de viaje, el 13 de mayo se reunía con sus tropas acampadas en las proximidades de Lérida. Nada más llegar, el monarca convocó un consejo de guerra en el que se discutió si el ejército debía internarse en Cataluña o si se debía optar por atacar Balaguer aprovechando la diversión del duque de Noailles en el Ampurdán. Los pareceres de los generales estaban divididos entre ambas opciones por lo que al final prevaleció la opinión del rey y se resolvió atacar Balaguer antes de que los aliados recibieran los refuerzos que esperaban de Italia.

¹² LEÓN, Pilar: «Documentos del Archiduque Carlos, pretendiente al trono de España, en la Sección de Estado», en *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, pp. 409-477. Madrid, 1966, pp. 435-436.

Viendo al monarca Borbón en Lérida, el mariscal Starhemberg apremió al rey Carlos a incorporarse al ejército que se estaba concentrando en Balaguer. Reunidos de nuevo en consejo de guerra, los aliados eran conscientes de la imposibilidad de movilizar sus unidades empeñadas en el Ampurdán y de la superioridad numérica de las tropas borbónicas en torno a Lérida. Como tampoco había certeza de cuando llegaría el socorro de Italia, los aliados ingeniaron una diversión en la costa sur francesa para distraer al duque de Noailles, que estaba pronto a penetrar en Cataluña, y conseguir liberar parte de las tropas del Ampurdán para enviarlas al frente leridano. Por último, el general inglés Stanhope¹³ insistió en que la presencia del monarca era del todo necesaria para la moral de sus tropas y para animar a sus partidarios a realizar un postrer esfuerzo. Instado por casi todos, el rey Carlos pasó por alto las prevenciones de ciertos círculos cortesanos que querían que no abandonara Barcelona y decidió ponerse al frente de su ejército. Así, escoltado por su regimiento de Reales Guardias catalanas, inició el archiduque austriaco la marcha a principios de junio y, después de desviar su ruta hacia las montañas para eludir la caballería borbónica que hostigaba los alrededores Calaf, ponía sus reales en Balaguer el día 8 de junio.

Los dos monarcas se encontraban entonces a poca distancia el uno del otro con lo más granado de sus respectivos ejércitos y aunque estaban deseosos de enfrentarse en un combate decisivo, los primeros movimientos demostraron que primaba ante todo la prudencia sobre el arrojo, quizás conscientes ambos de que un paso en falso podría tener consecuencias inesperadas y romper el delicado equilibrio que todavía les sustentaba sobre la península ibérica.

¹³ James Stanhope, 1er conde de Stanhope (c. 1673-1721). Político y soldado inglés, participó en las primeras fases de la Guerra de Sucesión en la península ibérica. En 1705, combatió al mando del conde de Peterborough para convertirse posteriormente en embajador británico en la corte del archiduque Carlos. En 1708, después de algunas diferencias con Peterborough por su forma de llevar la guerra, le sustituyó como comandante en jefe de las fuerzas británicas en la península, favoreciendo entonces las medidas ofensivas. Fue el protagonista de la captura de Mahón por los aliados y, después de una corta estancia en Inglaterra, volvió a Barcelona para participar en la campaña de 1710.

OPERACIONES EN TORNO A LÉRIDA

La plaza de Lérida constituía el punto fuerte del dispositivo borbónico en la Cataluña occidental. De los dos puentes que permitían el cruce del río Segre, el más importante se encontraba en dicha plaza y el otro en Balaguer. Hay que tener en cuenta que uno de los factores más importantes de la campaña de Almenar fue la restricción en los desplazamientos de los ejércitos por la ausencia generalizada de puentes en la zona y la gran dificultad de vadearlos debido a la crecida primaveral. De ahí la importancia estratégica de dominar ambas plazas: el ejército que las poseyera dominaría la plana de Urgel y el corredor principal de comunicaciones entre Aragón y Cataluña. El control sobre las planas de Urgel y del Noguera facilitaría a los ejércitos el suministro de forrajes para su nutrida caballería y la sumisión de los pueblos de la región, traducida principalmente en alimentos para las tropas. En un primer momento, el rey Carlos dominaba el territorio entre el Noguera Ribagorzana y el Segre, mientras que Felipe mantenía bajo su control el margen occidental de ambos. La plana de Urgel era tierra de nadie, aunque los borbónicos se adentraban en ella con más determinación.

Dispuesto por el rey el ataque a Balaguer, los primeros movimientos del ejército filipista consistieron en el cruce del Segre para observar de cerca las posiciones aliadas que se estaban formando en dicha plaza. Sin embargo, las copiosas lluvias del final de la primavera provocaron el deshielo en las montañas y la consiguiente crecida de los ríos que acabó por hacer impracticable el movimiento en la llanura. Los puentes que estaban en curso de instalación fueron arrastrados por la corriente y las unidades que permanecían al otro lado del Segre se vieron obligadas a repasarlo por Lérida ante la falta de víveres y forrajes debido a la inundación de los campos.

A la espera de que el terreno se volviera practicable, el ejército borbónico dispuso sus efectivos entre Alguaire y Almenar para asegurar el margen occidental del Noguera Ribagorzana y proteger los convoyes que provenían de Aragón del ataque de las partidas aliadas. En esta

dinámica, el general Amézaga remontó el Noguera para romper el cerco aliado sobre el castillo de Arenys, defendido tenazmente por los catalanes del Tercio de Tinchería (Regimiento Cataluña), y se dirigió, días más tarde, al Cinca para tomar la plaza de Estadilla y poner freno a las incursiones austracistas en el Ribagorza.

No fue hasta principios de junio, recibidos refuerzos de Flandes (6.000 hombres), Tortosa (4 batallones y 3 escuadrones) y Valencia (400 caballos), cuando los borbónicos decidieron de nuevo aprovechar la superioridad de fuerzas para atacar a los aliados apostados en Balaguer¹⁴. Tras construir otros dos puentes para franquear el Segre con más agilidad, el ejército del rey Felipe realizó la maniobra en 26 horas y el 12 de junio se acampaba junto a Bellcaire a pocos kilómetros de la plaza aliada.

Las tropas del rey Carlos, mientras tanto, habían fortificado la parte del puente de Balaguer que daba a la plana de Urgel y se hallaban estacionadas en ese margen bajo la protección de varias baterías de artillería. El teniente general Verboom¹⁵, jefe de ingenieros del rey Felipe, había constatado la fortaleza del dispositivo aliado y aconsejó al marqués de Villadarias desistir de cualquier ataque frontal. El general flamenco Tserclaes-Tilly también pensaba que era más prudente esperar a la incursión de Noailles en el Ampurdán y constatar el debilitamiento de los aliados antes de atacar directamente la plaza¹⁶. Pero Villadarias interpretó estos consejos como una cobardía y ordenó a su ejército pasar a la acción.

¹⁴ «En este día (8 de junio) consistía el ejército del rey Felipe en 24.000 infantes y 7.000 caballos. Otros han asegurado 9.200 caballos; y el de los aliados en 15.000 infantes y en 3.900 caballos». CASTELLVÍ, *Op. cit.* III, p.46.

¹⁵ Jorge Próspero Verboom, general flamenco e ingeniero mayor en Flandes, fue mandado venir a España por el rey Felipe con el fin de organizar el cuerpo de ingenieros de su ejército. El 13 de enero de 1710, fue nombrado por decreto real Ingeniero General del ejército, plazas y fortificaciones de los territorios del monarca hispano.

¹⁶ «Sterclaes no fue de la opinión (de atacar Balaguer), sino de plantar los reales en Ribagorza, a espaldas de Balaguer, en país fértil y paraje en que se podía prohibir a los enemigos los víveres y con esto obligarlos a una batalla antes que llegasen los socorros que esperaba el rey Carlos, pues no habían parecido todas las tropas que conducía la armada de los aliados». BACALLAR, Vicente (Marqués de San Felipe): *Comentarios de la Guerra de España*. Edición Carlos Seco. Biblioteca de Autores Españoles. Madrid, 1957, p.197. Alberto-Octavio de T'Serclaes-Tilly (1646-1715), caballero del Toisón de Oro, era Capitán General de Aragón y el rey Felipe le había ordenado unirse al ejército de Cataluña en la campaña de 1710.

La mañana del 13 de junio los aliados observaron desde sus posiciones al ejército borbónico desplegado en orden de batalla y dentro del alcance de sus cañones. Las tropas filipistas no tenían emplazada su artillería y no tomaron ningún tipo de precaución para protegerse del fuego de la enemiga por lo que no les quedó más remedio que sufrir impasibles el bombardeo aliado durante más de una hora¹⁷. Al final, Villadarias ordenó la retirada hacia Bellcaire perdiendo en la acción cerca de 500 hombres entre muertos y heridos.

Starhemberg, por su parte, dispuso el traslado del campamento aliado al oeste de Balaguer ya que durante el combate había apreciado que se hacía difícil proteger esa posición si los borbónicos ocupaban las alturas situadas a la izquierda de su dispositivo. Así las cosas, el ejército del rey Carlos pasó el 14 por la tarde hacia la otra parte del río, acampándose al oeste de Balaguer. Desde allí, se ordenó un destacamento al puente de Montañana (en el alto Noguera) con la intención de penetrar en Aragón para continuar entorpeciendo la conducción de convoyes enemigos. El 15 de junio, los aliados construyeron un puente provisional en Alfarrás para cruzar el Noguera y abastecerse de forrajes, repasándolo rápidamente para no ser sorprendidos por los borbónicos.

El rey Felipe siguió destacando tropas para hacer frente a estas incursiones aliadas y reforzó la plaza de Lérida con el fin de asegurar la principal vía de retirada que tenía su ejército. Los borbónicos se mantenían acampados en la plana de Urgel, entre Ibars y Barbens, y habían decidido en consejo de guerra cambiar de estrategia. Viendo la dificultad de asaltar Balaguer, el rey optó por destacar diferentes unidades con la misión de embarazar las vías logísticas aliadas, devastando la tierra hasta Igualada y atacando los almacenes de suministros en Calaf y Cervera.

¹⁷ «Los soldados estaban expuestos visiblemente al peligro y formaban las líneas, arrojado examen de su valor. Mal merecido premio al ardor de tan valiente constancia a que les obligó la inconsideración de Villadarias. El general Starhemberg se lastimaba de la inútil pérdida. Dijo: “Hay sobrado ardor entre los generales. Este infructuoso tentativo les costará mucha sangre y les es fatal preliminar para la campaña”. CASTELLVÍ, *Op. cit.* III, p.46. «Acercáronse los españoles a tiro de cañón; sufrían el de los enemigos sin resistencia, porque en el campo del rey no había baterías ni trincheras; los hombres visiblemente opuestos al peligro, formaban la línea. ¡Bárbaro examen de su valor! Reía la inútil pérdida el alemán». BACALLAR, *Op. cit.*, p.197.

De esta forma, Felipe creía obligar al ejército austracista a decampar de Balaguer y dejar expedito el camino hacia Barcelona.

El 16 de junio empezaba esta nueva fase de operaciones que produjo frutos tempranos para los borbónicos. En ese mismo día, el teniente general Mahoni ocupaba sin mucha resistencia Cervera, que había sido desamparada por los aliados. Las partidas del rey Felipe empezaron a interceptar los convoyes que se dirigían a Balaguer llegando en sus correrías hasta las inmediaciones de Igualada, mientras que, por la parte de Calaf, el conde de Montemar rendía su castillo el día 22. Dirigidas las partidas también hacia el Campo de Tarragona, los filipistas capturaron a los aliados gran cantidad de víveres y llegaron a ocupar el castillo de Ciutadilla, situado a corta distancia de Tarragona.

Los aliados no tuvieron más remedio que desviar sus convoyes para evitar el acoso borbónico. Pasada Manresa, las vías logísticas se internaban cada vez más hacia las montañas del noroeste llegando los suministros a Balaguer tras un costoso y dilatado acarreo. El ejército aliado tuvo que utilizar las reservas depositadas en el almacén de Balaguer ante la precariedad de los abastos, aunque los pueblos de la montaña trataban de suplir la escasez de medios aportando los pocos víveres con los que podían contar.

Se entró en el mes de julio sin que los borbónicos pusieran por completo en aprieto a los defensores de Balaguer. El calor empezó a enseñorearse de la región y la llanura se convirtió en terreno malsano. Las partidas filipistas empezaron a debilitarse por la continua actividad en tiempo tan caluroso y por el principio de enfermedades derivadas de la constitución geomorfológica del terreno. El rey Felipe no parecía dispuesto a abandonar su posición en la plana considerando que desde allí mantenía de alguna manera bloqueado al ejército aliado, sin embargo acabó por tomar la decisión de retirarse hacia terreno más saludable ya que sus partidas no hacían decampar a los aliados ni los reducían por el hambre. Después de 40 días, la noche del

25 de julio las tropas del monarca Borbón abandonaban sus posiciones en Ibars y se acampaban cerca del puente de Lérida¹⁸.

En el campo aliado, mientras tanto, las cosas parecían mejorar sustancialmente. Las tropas que se esperaban de Italia (4.000 reclutas para los regimientos imperiales e italianos) habían acabado de desembarcar en Tarragona el 10 de julio y, a los pocos días, se unían a las tropas del general Wetzel. Convencidos los aliados de la inminente diversión prometida sobre las costas francesas, el general Wetzel había abandonado el frente asignado en el Ampurdán dejando en Gerona varios batallones y llevando el grueso de sus fuerzas (9 batallones y 11 escuadrones) hacia Balaguer. Como si todo estuviera perfectamente sincronizado, el 25 de julio Wetzel llegaba con los refuerzos a Camarasa (a tres horas del campo aliado) y el general holandés Seissam desembarcaba en Sete para ejecutar la diversión planeada¹⁹.

Con la incorporación de las tropas del Ampurdán e Italia, las fuerzas aliadas se aproximaban en número a las del ejército borbónico²⁰. Los miramientos que tenía Starhemberg de pasar a la ofensiva se desvanecieron ante el tesón del general inglés Stanhope, quien no veía mejor defensa que un buen ataque. Agujoneados por la expectativa de victoria, los aliados pasaron a la acción y no tardarían mucho en verse los primeros resultados de este cambio de estrategia.

¹⁸ «Consideraron los generales en el consejo que se tuvo delante del rey, en el campo de Ivars, que los forrajes eran muy escasos, los calores excesivos en aquel llano; que no era posible atacar a los aliados, que su número se había aumentado y su campo más fortificado. Estos motivos y la necesidad de mantener el condado de Ribagorza propio para los cuarteles de invierno, obligó al rey a tomar la resolución de levantar el campo, mejorar el terreno y impedir a los enemigos de penetrar en Aragón. El día 25 muy de mañana se puso en marcha el ejército; duró 10 horas. En ella padeció en extremo la infantería. Era el calor excesivo; faltaba el agua, murieron no pocos, y en particular de la infantería flamenca, no acostumbrada a este clima». *Relación del combate de Almenar escrita del campo de Lérida por un oficial del ejército borbónico el día 29 de julio*. Referida por CASTELLVÍ, *Op. cit.* III, p.161.

¹⁹ «La empresa de los Aliados sobre el puerto de Cete, en Lenguadoc, pequeña en apariencia mas felizmente executada por el General Sessan, ha producido la diversión, que se ideó, obligando al duque de Noalles a acudir allá diligentemente, lo que dio lugar a las Tropas del Ampurdán, para unirse al Rey, y aviendose enflaquecido el Duque con algunos destacamentos para el Delfinado, no se encontró en estado de poner en obra el premeditado Assedio de Gerona». En *Relación sucinta de quanto ha sucedido en la Europa en el Año pasado de 1710*. Impresor Rafael Figueró. Barcelona, 1711, fol. 4.

²⁰ «Con este refuerzo tenía el ejército aliado 42 batallones y 46 escuadrones. Un manuscrito dice: los aliados tenían 16.000 infantes y 6.000 caballos. Un oficial dijo al autor había visto la tabela, y que el número era de 19.000

COMBATE DE ALMENAR

El día 26 de julio de 1710, el rey Felipe se encontraba a resguardo en Lérida después de mudar su campo y desplazar la mayor parte de sus tropas a la ribera occidental del Segre. Conocedor de que los aliados se habían reforzado y que volvían a poner en apuros a la guarnición del castillo de Areny, decidió enviar un destacamento hacia Alfarrás con la misión de asegurar el paso del Noguera y controlar los movimientos aliados hacia Aragón. El encargado de ejecutar estos planes fue el noble italiano Octavio de Médicis, duque de Sarno, con 10 escuadrones, 7 batallones de infantería y 1.000 granaderos. La marcha, programada para la madrugada del 27 de julio, se inició con cierto retraso por lo que, a las 9 de la mañana, cuando las avanzadas borbónicas llegaron a Almenar (a 4 Km al sur de Alfarrás) divisaron a las fuerzas aliadas apostadas en las alturas al norte de la plaza y teniendo bajo su control el paso del Noguera por Alfarrás. Pero, ¿qué hacían los aliados en Alfarrás y cómo habían llegado antes que los borbónicos?

El mismo día que el rey Felipe levantaba su campo de la plana de Urgel, los aliados se reunieron en consejo de guerra para decidir si convenía perseguir a los borbónicos para cortarles la retirada hacia Lérida y forzarles a la batalla. Viendo la premura de tiempo para ejecutar este plan, el archiduque Carlos determinó avanzar hacia Alfarrás (a 25 Km de Balaguer) para ocupar el paso y echar otros puentes sobre el Noguera. Nada más ponerse el sol, la noche del 26 de julio, el general Stanhope con 8 escuadrones de dragones, 1.000 granaderos, 6 piezas de cañón y un puente de barcas, emprendió la marcha hacia Alfarrás seguido al día siguiente por el resto del ejército. A las 6 de la mañana del 27 de julio, Stanhope cruzaba el Noguera y se hacía con Alfarrás horas antes de la llegada del duque de Sarno con las fuerzas borbónicas²¹.

y 345 infantes, y 4.000 y 235 caballos; y el rey Felipe, 23.000 infantes y 8.000 caballos. Otros dicen: no llegaba a 25.000 hombres, lo que no se ha podido saber a punto fijo». CASTELLVÍ, *Op. cit.* III, p. 50.

²¹ «A una legua de Alfarraz se tuvo la noticia del Señor Teniente General Stanhope, de que avia passado el Rio por el vado con su Destacamento, y tomado posesión, no solo de Alfarraz, pero que tambien avia puesto los Puentes en el Noguera, aunque el agua estava tan baxa, que no solo la Caballería, sino tambien la Infantería, y la Artilleria, en caso necesario, podrían passarlo, añadiendo no avia encontrado ningun embaraço, ni noticia de los

Los dos ejércitos habían coincidido en la idea de tomar antes que el enemigo el paso de Alfarrás. El borbónico, aunque situado más próximo al objetivo y con menos obstáculos, se había demorado en el cumplimiento de la misión y había permitido a los aliados hacerse con el paso y cruzar el Noguera con un importante contingente de tropas. Al duque de Sarno no le quedó más remedio que posicionarse en Almenar y esperar la llegada del ejército principal para tratar de afrontar con posibilidades de éxito a las fuerzas aliadas²².

A las 6 de la tarde, el ejército aliado había acabado de cruzar el Noguera y se encontraba formado en la plana del Sas, al norte de Almenar. Debido a la estrechez del terreno, la caballería no pudo formar en dos alas, como lo hacía habitualmente cuando el terreno era favorable, y tuvo que disponerse en cuatro líneas delante de la infantería, que también desplegó en cuatro líneas. La caballería estaba al mando del general Stanhope mientras que Starhemberg se hacía cargo de la infantería. La artillería, dividida en dos baterías, se emplazó en el borde del Sas dirigiendo sus fuegos hacia Almenar, donde se encontraban apostados los borbónicos. Justo antes del ataque, una de estas baterías, compuesta de 14 piezas, cambió de asentamiento para aproximarse a las fuerzas enemigas que empezaban a formar sus líneas de batalla en la llanura. El rey Carlos observaba los preparativos desde el Sas a resguardo de las vistas enemigas y protegido por su guardia personal²³.

Enemigos; pero a poco después de media hora avisò con un Oficial, que avian descubierto sus Partidas avançadas, 19 Esquadrones, y alguna Infantería, encaminándose azia Almenara...» En *Relación distinta del Combate en que el día 27 de Julio fué deshecha la Cavalleria del Enemigo, y puesta en confusa fuga, con todo su Exercito, por parte de nuestra Cavalleria, en las cercanias de Almenara*. Impresor Rafael Figueró. Barcelona, 1710, fol. 2.

²² «Llegó tarde (el duque de Sarno), o por negligente o por mal obedecido; no lo sospechó esto el Rey, y movió su ejército; a mediodía vió el de los enemigos, que no sólo había pasado sin dificultad la Noguera antes de que llegase el duque de Sarno, sino que ocupaba las alturas de Almenara, ordenado en batalla cuanto lo permitía lo escabroso del sitio, que aunque no era selva, estaba desigual el terreno donde aguardaba a los españoles, que venían desordenados, no por impericia de los jefes, sino porque Sterclaes y Villadarias padecían la desgracia de ser mal atendidos de los oficiales generales subalternos, que era uno de los desórdenes del ejército español, y no poca parte de su desgracia». BACALLAR, *Op. cit.*, p.198.

²³ «Dos batallones con la guardia del Archiduque estaban entre Sant Salvador, el castillo de los Moros y colinas próximas fuera de las vistas enemigas, porque era preciso sorprenderles cuando llegase a lugar adecuado para atacarlos. Con Carlos se encontraban presentes el príncipe de Liechtenstein, su consejero enérgico y fiel, en la compañía de los embajadores de Portugal y Savoya». MARTÍ, Francesc: *Almenar: Història i Gent*. Ed. Ajuntament d'Almenar, 1991, p. 377. (T.A.) Ver Tabla 2 con las unidades aliadas que estuvieron presentes en la batalla.

El grueso del ejército borbónico, mientras tanto, estaba al sur de Almenar y empezaba también a formar sus líneas de batalla sobre la plana del Sas. Villadarias había enviado a las alturas toda su caballería y parte de su infantería disponiéndolas en dos líneas a distancia de cañón de las fuerzas enemigas. La primera línea constaba de 22 escuadrones y la segunda de 20 escuadrones, con varios batallones de infantería entreverados con sus líneas. Entre 8 y 10 batallones más se hallaban en Almenar, protegiendo el camino de Lérida, y el resto del ejército remontaba el Noguera en dos columnas. El rey Felipe pasó a la vanguardia y se dispuso a afrontar el inminente ataque de su rival.

A las 7 de la tarde, los aliados se lanzaron resueltamente sobre el dispositivo borbónico. La decisión fue tomada pensando en que la caída de la noche estaba próxima y que el enemigo, todavía mal apostado, aprovecharía la oscuridad para mejorar sus posiciones o retirarse a Lérida. Empezó el combate con la carga sobre la primera línea borbónica de 16 escuadrones aliados al mando de los generales Stanhope, Carpenter, Frankenberg y Pepper. Según Bacallar, los aliados acometieron cuando parte de las tropas borbónicas estaban en orden de marcha por lo que sólo la caballería pudo entrar inicialmente en combate. Los aliados tuvieron que superar un pequeño talud que les separaba de las posiciones filipistas, pero aun así el choque fue muy violento, aunque la caballería del rey Felipe logró rechazar en un primer momento a parte de los escuadrones enemigos y ponerlos en fuga²⁴.

Retirado Carlos a lugar seguro para evitar imponderables, la infantería de Starhemberg detuvo el contraataque borbónico y los escuadrones aliados volvieron a la carga dirigidos por Stanhope. Con gran trabajo, el duque de Sarno trató de rehacer la primera línea de batalla, pero la izquierda cedió rápidamente y el mismo duque fue muerto en el lance. La derecha resistió con más firmeza el ataque aliado ya que en ella se encontraban las mejores tropas borbónicas pero, a pesar de

²⁴ «La necesidad de marchar prohibía el orden; pero, acometidos de los alemanes, se puso la caballería en batalla cuanto le fue posible, y se empezó con sola la caballería el combate, poco antes de ponerse el sol. Fue el primer ímpetu feroz, y rechazada la caballería alemana, la cual, huyendo, puso su ejército en tanta aprensión, no sin desorden, que avisado el rey Carlos se retiró a Balaguer». BACALLAR, *Op. cit.*, p.198.

ofrecer resistencia durante algún tiempo, tuvieron que abandonar el Sas y dirigirse hacia el valle en franca retirada²⁵.

Stanhope arremetió entonces contra la segunda línea, que no pudo ser socorrida a tiempo y sus unidades tuvieron también que retirarse del campo acosadas por la caballería aliada. Fue tan rápido el avance de Stanhope que los escuadrones de su segunda ala, exceptuando algunas unidades dirigidas por el conde de Atalaya que aún participaron en el combate, se hallaban todavía distantes cuando el enemigo se batía en retirada.

Los dragones del general Pepper (actual 8th King's Royal Irish Hussars), aunque superados en número durante buena parte del combate, cargaron sobre varios escuadrones de caballería borbónica poniéndoles en retirada y apoderándose de parte de sus armas y equipo. Por ello se les concedió posteriormente la distinción de vestir en su uniforme los cinturones robados a los españoles (única unidad del ejército británico con este privilegio) y se ganaron el seudónimo de los "Crossbelts".

Según algunas fuentes²⁶, un destacamento de infantería consiguió alcanzar las alturas cuando la caballería se retiraba y resistió al enemigo durante más de media hora. Posteriormente, varios escuadrones de las unidades que se habían retirado (Vallejo y Osuna) fueron obligados a retroceder para sostener a la infantería y acabaron sacrificándose para permitir la reincorporación de aquella a su ejército²⁷.

²⁵ «La primera línea de la izquierda de los enemigos no combatió igualmente como su derecha, donde dicen estaban los regimientos de dragones de Agulló, Marimón, Vallejo y Mahoni, que pelearon con valor; cedieron de la porfía y se retiraron desordenados». *Relación escrita desde el campo de Almenar por un oficial del ejército aliado el día 28 de julio*. Referida por CASTELLVÍ, *Op. cit.* III, p.166.

²⁶ LIMIERS: *Histoire du règne de Louis XIV* (1717). QUINCY: *Histoire militaire du règne de Louis le Grand* (1726). Cit. CASTELLVÍ, *Op. cit.* III, p. 50.

²⁷ «No obstante la derrota de aquella caballería y desorden general del ejército, subió a las alturas la infantería del destacamento del Sr. Sello, y se formó en orden de batalla, a tiro de mosquete de la caballería enemiga. Quedóse de esta forma media hora, y luego hizo algunos movimientos. Durante aquel tiempo marcharon seis escuadrones suyos al llano, donde detuvieron a tres escuadrones de Vallejo y uno de Osuna, que eran del número de los fugitivos, y los obligaron a retroceder y ir a sostener a la infantería que estaba en las alturas... Entonces resolvió don José de Vallejo sacrificar su regimiento de dragones para favorecer la retirada de la infantería». QUINCY, *Op. cit.* referida por CASTELLVÍ, *Op. cit.* III, p.160.

Después de dos horas de lucha, la suerte del combate estaba decidida y se inicia, al amparo de la noche, la desordenada retirada borbónica. Villadarias, viéndose desalojado del Sas y con gran dificultad en rehacer sus fuerzas, instó al rey Felipe a emprender el camino de Lérica ya que el enemigo acechaba en su búsqueda, seguros de que el Borbón aún no había abandonado el campo de batalla²⁸. Inició, pues, el rey la marcha hacia Lérica escoltado por su guardia personal y las tropas que pudo disponer Villadarias. Con la confusión y la oscuridad a punto estuvo de suceder otra desgracia aún mayor para el bando filipista. Al pasar el canal de Pinyana, en el término de Almenar y Alguaire, Felipe y su montura cayeron dentro de la acequia y el monarca tuvo que ser rescatado de las aguas por su escolta después del consiguiente sobresalto²⁹. Reencaminado hacia Lérica, el monarca llegaba a las 11 de la noche a resguardo de la plaza después de un día aciago para sus armas.

La propagación de la voz de que el rey Felipe se había retirado señaló el inicio de la fuga general, descomponiéndose definitivamente el ejército borbónico. La mayoría de las tropas marchaban sin ningún orden, mezcladas caballería e infantería, y abandonaban a su paso cañones, bagajes y municiones. En esta coyuntura tan desfavorable, todavía algunos generales mantuvieron el pundonor y lograron retirar con seguridad sus unidades del campo³⁰. La tarde del 28 aún continuaba llegando a Lérica los restos de un ejército que había salvado la noche y la indulgencia de los aliados. Porque, ¿cómo se entiende que el mando austracista no acabara definitivamente con su enemigo en retirada?

²⁸ «El rey recibió aviso al declinar el día. Rogó el general Villadarias al rey que se retirase su real persona hacia Lérica. Dificultaba el rey ejecutarlo. Repitió Villadarias la instancia, observando que marchaban 14 escuadrones enemigos aceleradamente a cortar el camino por donde podía retirarse el rey más cómodamente». *Relación del combate de Almenar escrita del campo de Lérica por un oficial del ejército borbónico el día 29 de julio*. Referida por CASTELLVÍ, *Op. cit.* III, p.162. «No fue de los primeros que se retiraron el rey Felipe; antes, sí, de los últimos, desamparado en aquella confusión de su ejército; pero no de sus guardias y real familia, ni de sus generales. Como le buscaban por el campo con ansia los enemigos y le hizo espaldas el marqués de Villadarias y los acometió con la gente que tumultuariamente pudo juntar, con esto se contuvieron...». BACALLAR, *Op. cit.*, p.199.

²⁹ MARTÍ, *Op. cit.*, p. 379.

³⁰ «Llegaron a Lérica casi de día, gloriosos en la desgracia; no los nombramos por no desairar a los demás, porque hubo muchos aún de los llegados al Rey que llegaron mucho antes que él a Lérica, y alguno no tuvo sonrojo de ponerse en su presencia». BACALLAR, *Op. cit.*, p.199. «El valor del marqués de Vallejo impidió en parte la total derrota del ejército español; pues era tanta la consternación que no se podían tener en orden las tropas». QUINCY, *Op. cit.* referida por CASTELLVÍ, *Op. cit.* III, p.161.

Stanhope, el artífice de la victoria aliada, se lamentaba de no haber tenido dos horas más de luz, tiempo que le habría bastado para acabar con la infantería borbónica. La noche era tan oscura³¹ y el grueso del ejército se encontraba tan distante del enemigo que no le había quedado más remedio al general inglés que abandonar la persecución. Starhemberg tampoco fue del parecer de seguir al enemigo por el valle ya que no quería arriesgar sus fuerzas en la oscuridad de la noche y optó finalmente por permanecer en el Sas y pernoctar en el mismo campo de batalla. Mientras tanto, el rey Carlos había regresado para compartir el triunfo con sus hombres y recibir a sus generales victoriosos. Aquella noche, tras despachar la noticia a su esposa, dormiría al sereno sobre el campo de su victoria, con un capote como colchón, en el centro de su regimiento de leales guardias.

EPÍLOGO

El combate de Almenar, como hemos referido, consistió principalmente en un choque de caballería de una violencia tan extrema que el número de bajas fue elevado si tenemos en cuenta que la lucha duró apenas dos horas y que las características del terreno no permitieron la participación del grueso de ambos ejércitos. De los aliados llegaron a entrar en acción poco más que 30 escuadrones (unos 4.500 hombres), mientras que llevaron la peor parte los cerca de 40 escuadrones borbónicos que recibieron la embestida enemiga (unos 6.000 hombres).

Las pérdidas aliadas, entre muertos y heridos, ascendieron a 400 hombres (la mitad de ellos británicos). El mismo Stanhope recibió una contusión por una bala perdida y el general Carpenter una estocada leve. Peor suerte tuvieron el general Rochford y el conde de Nassau, muertos ambos sobre el campo de batalla, este último tras recibir un impacto de su propia artillería mientras hablaba con su ayudante y le decía: «*La acción acabó a nuestra ventaja*». Al

³¹ Hay que tener en cuenta que el 26 de julio fue luna nueva.

terminar el combate, los aliados tenían en su poder 8 estandartes enemigos, parte de su artillería y bagajes, y cerca de 300 prisioneros.

Respecto a las pérdidas borbónicas, las fuentes no se ponen de acuerdo en su número. Los aliados contabilizaron justo después de la batalla 1.500 bajas enemigas, sin contar los 300 prisioneros, entre los que se encontraban el teniente general Verboom y otro medio centenar de oficiales de distintas categorías³². Los borbónicos rebajaban sus pérdidas a 700 hombres contando con los prisioneros. Sin embargo, *La Gazeta de Zaragoza* afirmaba el 28 de agosto que al ejército borbónico le faltaban a revista 7.000 hombres entre muertos, heridos, prisioneros y desertores³³.

Entre los muertos se encontraban Octavio de Médicis, duque de Sarno, y el coronel Agulló, marqués de Gironella. Este noble catalán murió al frente de su regimiento y dos días más tarde su cuerpo fue hallado por unos vecinos de Almenar. Don Juan Descallar, marqués de Besora, amigo del fallecido y a la sazón ayudante del rey Carlos, le solicitó permiso para depositar el cuerpo en la iglesia de Almenar. Aún en una guerra civil tan despiadada había espacio para la compasión hacia el hermano.

La derrota moral de los borbónicos, sin embargo, fue más importante de lo que se puede desprender de estos guarismos. La desordenada retirada dejó de manifiesto el verdadero alcance del descalabro. La pérdida de material de difícil reposición, sobre todo artillería y municiones, limitaba las posibilidades de restablecimiento del ejército de Cataluña. Las tropas de infantería confirmaron la mala fama que tenían a ojos del enemigo (además de ser juzgadas de baja calidad incluso se llegó a decir que gran parte no era más que gente forzada), mientras que la caballería filipista, que había gozado de un respeto mayor por parte de los aliados, cayó un tanto en descrédito a pesar de la tenacidad de algunos escuadrones. A este propósito, Stanhope llegó a

³² «Quedó prisionero el teniente general don Próspero Verboom, que le rindió un valenciano, nombrado el *Polveré*, natural de Torrente, y el poeta don Tomás Soler, valenciano, hizo esta cuarteta: “*Un valenciano que había en nuestro campo imperial, sólo tomó un general, si hubiese muchos, ¿qué harían?*”». CASTELLVÍ, *Op. cit.* III, p. 51.

escribir: «*Ya que con 16 escuadrones hemos batido 42, no dudaremos más el poderlos atacar en cualquier parte que los encontremos*»³⁴.

Es de reseñar que el desgaste de las tropas borbónicas antes de la batalla era superior al del campo aliado. Desde Balaguer, Starhemberg había dirigido las operaciones con comodidad, sin aventurarse a tomar la iniciativa hasta el momento que recibió los refuerzos y sus tropas se nivelaron en número a las del enemigo. El rey Felipe, sin embargo, se había obstinado en mantenerse en la plana de Urgel diversificando las actividades de sus destacamentos y sufriendo al principio las inundaciones provocadas por el deshielo y, más tarde, la escasez de agua corriente bajo un sol de justicia. El mismo día del combate, las tropas aliadas habían aprovechado los tiempos de espera para descansar de la marcha que habían realizado desde Balaguer, mientras que buena parte de los borbónicos, aún encontrándose a menos distancia de Almenar, todavía marchaban en los momentos previos al combate. Bien posicionados en las alturas del Sas, los aliados no cesaron en entorpecer con su artillería el movimiento enemigo y cargaron sobre él cuando aún estaba formando sus líneas. La impetuosidad de Stanhope y sus escuadrones, que no dejaron escapar coyuntura tan favorable, acabó de poner la guinda a la derrota borbónica, un pastel que abriría las puertas de Aragón a los aliados.

El rey Carlos celebró el día 29 de julio la victoria sobre el mismo campo de batalla. Envío mensajes a todas las cortes aliadas para anunciar la noticia, que fue celebrada con gran regocijo y renovó las esperanzas de ver pronto el triunfo final del archiduque sobre el duque de Anjou. La reina Ana de Inglaterra ordenó batir una moneda conmemorativa de la batalla, en la que estaba ella misma representada en una de las caras y, en la otra, un intenso combate de caballería en el que el general Stanhope aparecía agarrando las riendas del caballo del general Amézaga y golpeándole con su espada. En Barcelona, se compuso incluso un *tono* para festejar la victoria³⁵.

³³ MARTÍ, *Op. cit.*, p. 380.

³⁴ *Relación del combate de Almenar escrita por el general Stanhope a la reina de Inglaterra*. Cit. CASTELLVÍ, *Op. cit.* III, p. 165.

³⁵ VOLTES, *Op. cit.* II, p. 213.

Los aliados habían conseguido desbloquear una situación que no les era nada favorable. Su ejército había languidecido sobre el Urgel largo tiempo junto al borbónico, obstruyéndose mutuamente en la consecución de sus propósitos. La derrota de Almenar provocó el cambio de actitud del rey Felipe, que tuvo que pasar a la defensiva en este frente, mientras que para los aliados significaba el inicio de su esperado avance sobre Aragón.

El monarca Borbón, insatisfecho con la actuación de sus generales, escribió a su abuelo Luis XIV para pedirle un general y, entretanto, hizo venir al marqués de Bay desde la frontera de Portugal para hacerse con el mando del ejército de Cataluña y tratar de salvar la situación. Poco pudo hacer por el momento. Dos semanas después de la batalla, el ejército del rey Carlos cruzaba el Cinca con 22.000 hombres, lo que supuso la retirada definitiva del ejército borbónico hacia Zaragoza para rehacer sus fuerzas y tratar de frenar la ofensiva aliada que, ahora más que nunca, parecía lo suficientemente poderosa para llevar al archiduque hasta las puertas de Madrid y la victoria final.

EXTRACTOS

1. Penuria económica del bando aliado en Cataluña. (Marzo de 1710).

«Instaba el mariscal Starhemberg llenar los almacenes en las fronteras para conseguir salir a campaña, luego que desembarcasen los refuerzos que esperaban. El consumo era mucho, y hasta llegar un grande convoy, que de Nápoles se esperaba, era difícil. El dinero del importe del costoso acarreo era escaso, y faltaba para el diario socorro de las tropas del rey. Los fusileros de montaña vivían a costa de los pueblos. Casi igual suerte corrían las tropas. El celo y el amor que tenían los moradores al rey Carlos movía a los pueblos a sufrir con resignación tantas incomodidades y gastos. Los paisanos partían su pan con los soldados, no obstante que sufrían escasez. Pocas son las naciones que llegue la tolerancia a tanto, a reserva de españoles, portugueses y italianos, porque en las más de las otras faltando el diario, que es el preciso sustento, es copiosa la desertión. En aquellos reinos, cuando los soldados les faltaba el diario, y aun gozándole, si el trato era suave, inclinaban a los paisanos a partir con ellos la comida. Son testigos cuantos soldados han guerreado de los aliados en Cataluña si han practicado blandura *en* el trato». CASTELLVÍ, Francisco de: *Narraciones históricas*. Vol. III. Fundación Francisco Elías de Tejada y Erasmo Pèrcopo. Madrid, 1999, p.34.

2. La lucha por la preeminencia hispana.

«El encono que habían concebido los naturales de la Corona de Aragón contra Castilla era el mayor; tan recíprocamente se ofendían que no es posible reducirlo a la pluma, porque entrambas naciones aspiraban a la prerrogativa de primogénitos en la estimación de los dos competidores soberanos. Entrambas temían no quedar la una nación sujeta a la otra. La impiedad era igual. ¡Oh, a cuántos inocentes e indefensos dio el encono y el furor la muerte! Los valencianos y aragoneses continuaban en gran número a dejar sus patrias, pasando a Cataluña, porque miraban extintos, abolidos sus fueros y cargados de insoportables tributos. Los catalanes temían la misma suerte. Esto daba nuevo impulso a idear nuevos y embravecidos métodos de ofenderse, y dio ocasión a los catalanes a hacer los últimos esfuerzos y a sufrir con resignación el peso de las tropas, y por instantes se embravecía más el implacable genio de los de la Corona de Aragón a la dominación de las Castillas». CASTELLVÍ, *Op. cit.* III, p.38.

3. Preliminares del encuentro del 13 de junio en Balaguer.

«El rey Felipe corrió las líneas de su ejército, manifestando en su semblante la inclinación al combate. La tropa imitaba con el deseo al rey... El rey Carlos, al acercarse el ejército del rey Felipe, montó a caballo, seguido de los generales aliados, corrió con brioso denuedo las líneas con un ramo verde en el sombrero. Deteníase en frente de cada nación de las seis que componía

aquel ejército, hablando a cada una en su natural idioma, con dulces y marciales voces, transpirando en el semblante el coraje y quietud de ánimo... Admiró a entrambos ejércitos el marcial ardor de los dos príncipes competidores al solio de España. El rey Carlos se apostó a la derecha del ejército, entre el regimiento de sus Reales Guardias catalanas; el rey Felipe, a la derecha, entre sus Reales Guardias castellanas». CASTELLVÍ, *Op. cit.* III, p. 46.

4. Las circunstancias del combate de Almenar.

«Los dos partidos concibieron la misma idea de tomar el paso de la Noguera Ribagorzana: el rey Felipe, por impedir al rey Carlos el acamparse en tan ventajoso e importante terreno, desde donde reforzado y descansado su ejército facilitaba adelantamientos. El rey Carlos previno la intención del movimiento y se cifró la felicidad en ser más pronto los aliados en ocupar Alfarrás que no sus contrarios. Entrambos partidos consideraron la importancia. El rey Felipe cifraba la ventaja de hacer inútiles aquella campaña los esfuerzos de los aliados, lograr importantes cuarteles, conservar y rehacer las tropas, para conseguir en la venidera campaña superioridad de fuerzas; los aliados, en no inutilizar tan excesivos gastos como sufrían, abrirse paso en Aragón y conservar las montañas». CASTELLVÍ, *Op. cit.* III, p. 50.

5. El combate de Almenara, según se publicó en Barcelona.

«Aunque esta acción no puede contarse, sino por un gran choque de Cavalleria, fue no obstante tan fuerte, y tan furioso, que no solo toda la Cavalleria del Enemigo fue trastornada, deshecha, y puesta en la mayor confusión, sino también su Infanteria, y consecutivamente todo su Ejército; tomó una fuga general, salvándole solo el favor de la noche bajo el Cañon de Lerida sin orden, conducta, ni dirección, la Infanteria, y Cavalleria mezclada una con otra, y confundida de forma que muchos arrojaron las armas, y abandonaron algunas Piezas de Cañon, y Carros de municiones, y también sus Equipages a la discreción de Paysanos, y Soldados. Circunstancias todas, que manifiestan en este choque los efectos de una derrota general; y sino hubiera sobrevenido tan presto la noche, que no permitió seguirlos, se habría terminado la acción, con una entera destrucción, y derrota de los Enemigos». En *Relación distinta del Combate en que el día 27 de Julio fué deshecha la Cavalleria del Enemigo, y puesta en confusa fuga, con todo su Ejército, por parte de nuestra Cavalleria, en las cercanias de Almenara*. Impresor Rafael Figueró. Barcelona, 1710, fol. 2.

6. La retirada del rey Felipe a Lérida.

«Nuestra infantería padeció algún desorden en la retirada de la caballería ocasionado de la oscuridad. Podía suceder un infortunio en esta retirada por la imprudencia de un señor de la corte. Iban retirándose los dragones catalanes de Marimón; se unieron con las guardias del rey. Este cortesano dijo en voz alta al rey: “Señor, ruego a V.M. se retire por esta parte siguiéndome, que estos son dragones catalanes”. El rey, con cuerda reflexión y sabia prevención, se volvió a ellos y les dijo: “Hijos, ahora estoy seguro entre vosotros”. Respondieron: “Viva V.M., que moriremos defendiéndole”. Llegó el rey a Lérida fuera de camino, siguiéndole los dragones». En *Relación del combate de Almenar escrita del campo de Lérida por un oficial del ejército borbónico el día 29 de julio*. Referida por CASTELLVÍ, *Op. cit.* III, p.162.

7. La victoria vista por un oficial del ejército aliado.

«Nuestra caballería y dragones siguió a los enemigos una hora. La noche era tan oscura que no podían distinguirse. El reencuentro ha sido sangriento: nosotros hemos tenido cerca de 400 muertos y heridos; los enemigos (según dicen), 1.800 prisioneros y desertores. Su ejército se ha retirado bajo el cañón de Lérida consternado; el nuestro se halla deseoso de entrar en combate general. Estas son por ahora las noticias que puedo dar. Los ingleses han tomado tres estandartes; los holandeses, dos; los palatinos, tres, los portugueses, uno. Todos los instantes nos llegan

muchos desertores y equipajes de los enemigos, que se perdió con la oscuridad de la noche». En *Relación del combate de Almenar escrita del campo de Almenar por un oficial del ejército aliado el día 28 de julio*. Referida por CASTELLVÍ, *Op. cit.* III, p.167.

8. Carta del secretario del rey Carlos, marqués de Rialp, escrita el 28 de Julio desde el Campo Real de Almenar, al marqués de Arandazu en Barcelona.

«Logrose ayer pasar el Noguera con tanta felicidad que a haver sido capaces de detener una hora mas el que no anocheiese conseguimos quedase del todo exterminada la guerra en los continentes de España, pero en fin no fue de tan pequeño tamaño el suceso que no se haya alcanzado escarmentar de buena manera al enemigo, persiguiendole hasta tiro de cañon de la Plaza de Lerida en cuya funcion no es ponderable explicar lo que ha perdido; pues es renglon de no corta particularidad la Artilleria, municiones, prisioneros, heridos, muertos y desertores que ha perdido en esta ocasión... Sea mil veces enorabuena de la completa vitoria que hemos logrado, y con la singularidad que hasta ahora no he entendido, pues que un exercito derrote a otro, lo hemos visto y oydo, pero que solo quince esquadrones derroten y pongan en precipitada fuga a todo un exercito obligandole a abandonar Artilleria, bagages y el todo, no lo havia hasta ahora entendido. Mañana a las nueve del dia se cantara el Tedeum en el Campo con el disparo de la Artilleria y fusileria, no dudo que ahi se hara lo mismo y que VS. mandara dar por escrito esta noticia a los Comunes de ciudad, Diputacion, Brazo Militar y Cavildo. El Rey no escribe esta noche por haverlo hecho esta mañana y que cierto necesitaba de descanso gozando a Dios gracias perfectisima salud y buenisimo humor». *Dietaris de la Generalitat*, tomo N/108, fol. 379-4º, Archivo de la Corona de Aragón.

9. La búsqueda de responsabilidades en el bando borbónico.

«La culpa de este desorden hay algunos la atribuyen a la conducta de nuestro general, criticando que no debía haber mandado a la caballería se avanzase tanto; que, al contrario, debía retirarse más atrás, mejorando de terreno, mayormente que podía discurrir que el todo del ejército enemigo estaría cerca a unirse con su destacamento; y que nuestra armada no podía llegar a tiempo de sostener el reencuentro. Ello es cierto que al discurrir de los más, tanto en el combate como en la retirada le atribuyen sin rebozo la culpa... Se asegura que el rey, por aquietar ciertas diferencias entre los generales, ha pedido al rey su abuelo un general. No es de dudar que nuestro mayor enemigo es la discordia que hoy reina entre los generales». En *Relación del combate de Almenar escrita del campo de Lérida por un oficial del ejército borbónico el día 29 de julio*. Referida por CASTELLVÍ, *Op. cit.* III, p.162-163.

MEDALLA CONMEMORATIVA DEL COMBATE DE ALMENARA (GRAN BRETAÑA)



TABLA 1. TROPAS BORBÓNICAS EN CATALUÑA

INFANTERÍA ESPAÑOLA	Bat.	CABALLERÍA	Esc.
Reales Guardias españolas	5	Guardias Reales de Corps	4
Castilla (Marqués de Moya)	2	Reina	4
Saboya	2	Real de Asturias	4
Trujillo	2	Rosellón Viejo	4
Mar de Nápoles	2	Órdenes Viejo	4
Trinchería	1	Órdenes Nuevo	4
Palencia	2	Pozoblanco (Marqués de)	4
Pamplona	1	Gironella (Marqués de)	3
Madrid	2	Milán	3
Úbeda	1	San Severino (D. Nicolás)	3
Guadalajara	2	Urive (D. José)	3
Ronda	1	Lanzarote	3
Cádiz	2	Málaga	3
Sevilla	2	Extremadura Viejo	3
Navarra	2	Jaén	4
Badajoz	1		Total 53
Tajiva (?)	1		
Murcia	2		
Piana (Triana?)	1	DRAGONES	Esc.
Castilla	2		
Medina Sidonia	2	Osuna	3
Santa Fe	1	Picalques catalanes	3
Bajeles	2	Marimón catalanes	3
Armada	2	Vallejo	3
Toro (D. Pedro Vico)	1	Mahoni	3
		Caylus	3
Total Infantería Española	44		Total 18
		TOTAL ESCUADRONES	
		CABALLERÍA	71
INFANTERÍA FLAMENCA	Bat.	ARTILLERÍA	
Malinas	2	Real artillería	1
Pequeños valones	2	Don Marcos Aracil	2
Venloo	2		Total Artillería 3
Namur (D. Pedro Doyé)	2		
Reales Guardias valonas	5		
Fusileros de Flandes	2		
Brujas	2		
Total Infantería Flamenca	17		
INFANTERÍA EXTRANJERA			
D. Tadeo Mac-Aulif	2		
Don Juan Palinnot	2		
Don Diego de Motte (Alemanes)	2		
Louvigny	1		
Don Francisco de Éboli	1		
Castelar (D. Lucas Patiño)	2		
D. Juan de Comesford	2		
Total Infantería Extranjera	12		
TOTAL			
BATALLONES			
INFANTERÍA	73		

TROPAS AUSTRACISTAS EN EL COMBATE DE ALMENARA

INFANTERÍA ESPAÑOLA	Bat.	CABALLERÍA ESPAÑOLA	Esc.
Reales Guardias catalanas	2	Dragones Reales (Galbe)	2
Don Juan Francisco Ferrer	1	Don Pedro Morrás	2
Don Juan de Ahumada	1	Aragón	2
Zaragoza (Don Jorge Pertús)	1	Total Cab. Carlos	6
Cartagena	1		
4 Cías de artilleros	1		
Total Inf. Española	7		
INFANTERÍA EXTRANJERA	Bat.	CABALLERÍA EXTRANJERA	Esc.
Starhemberg		Herbeville	3
Geschwind		Jërguer	3
Osnabruck		Total Cab. imperial	6
Revenclow			
Eck		La Reina	2
Grisones		Harvey	2
Total Inf. Imperial	10	Peper	2
		Rocheford	2
Guardias escocesas	1	Nassau	2
Tyrawley	1	Total Cab. inglesa	10
Boles	1		
Vathan	1	Schellart	
Loperde	1	Frankenberg	
Mandel	1	Stolkenberg	
Marcart	1	Espée	
Gorre	1	Total Cab. palatina	6
Alcherin	1		
De la Trainé	1	D. Francisco Javier de Tabora	2
Total Inf. Inglesa	10	D. Pedro de Almeida	2
		D. Antonio Miranda	2
Guardias palatinos	1	Sousa	2
Coppe	1	Kelly	2
Lamarck	1	Castro	2
Total Inf. Palatina	3	Melo	2
		Total Cab. portuguesa	14
D. Diego Suárez de Bullón	1		
D. Pablo Gaetano de Alburquerque	1	Matha	2
Total Inf. portuguesa	2	Schelipenbach	2
		Trimborn	2
Saint- Amant	1	Total cab. holandesa	6
Verporter	1		
Frisen	1		
Total Inf. holandesa	3		
Total Inf. extranjera	28	Total Cab. extranjera	42
TOTAL BATALLONES INFANTERÍA	35	TOTAL ESC. CABALLERÍA	48

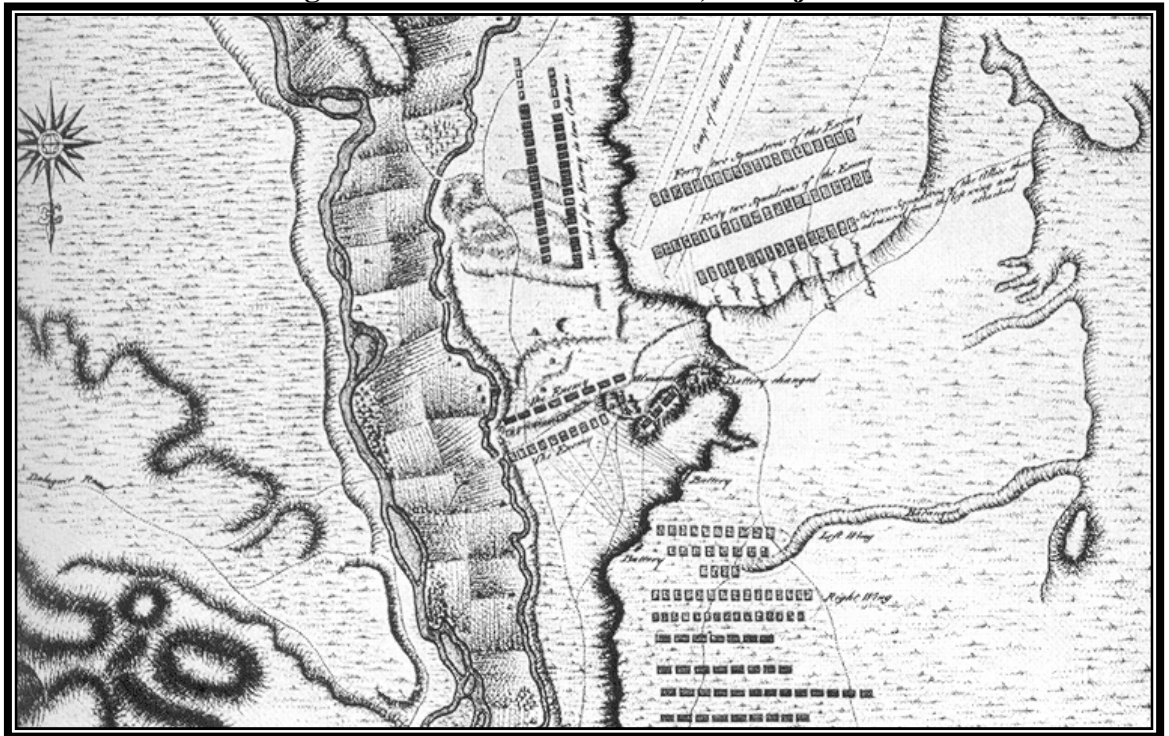
MAPAS

Situación de los dos ejércitos en la plana de Urgel



(MARTÍ, Francesc: *Almenar: Història i Gent*. Ed. Ajuntament d'Almenar. 1991. Cedido por el Sr. Pau Salse)

Plano inglés de la batalla de Almenar, 27 de julio de 1710



(HERNÁNDEZ, Xavier: *Història Militar de Catalunya*. Vol. III. Rafael Dalmau Editor, Barcelona, 2003)

BIBLIOGRAFÍA

BACALLAR, Vicente (Marqués de San Felipe): *Comentarios de la Guerra de España*. Edición Carlos Seco. Biblioteca de Autores Españoles. Madrid, 1957.

CASTELLVÍ, Francisco de: *Narraciones históricas*. Vol. II y III. Fundación Francisco Elías de Tejada y Erasmo Pèrcopo. Madrid, 1998 (II), 1999 (III).

GÓMEZ, M. - ALONSO, V.: *El Ejército de los Borbones*. Vol. I. Servicio Histórico Militar. 1989.

LEÓN, Pilar: «Documentos del Archiduque Carlos, pretendiente al trono de España, en la Sección de Estado», en *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, pp. 409-477. Madrid, 1966.

LEÓN, Virginia: *Carlos VI. El emperador que no pudo ser rey de España*. Ed. Aguilar. Madrid, 2003.

MARTÍ, Francesc: *Almenar: Història i Gent*. Ed. Ajuntament d'Almenar. 1991.

SOLANES, Francisco: *El Emperador Político y Política de Emperadores*. Impreso por Joseph Llopis. Barcelona, 1700. Vol. I .

TORRAS, Josep Maria: «La rereguarda catalana entre la darrera ofensiva aliada i el capgirament internacional (1710-1712)», en *Revista Manuscrits* n°18, pp. 63-91. Barcelona, 2000.

VOLTAIRE: *El siglo de Luis XIV*. Fondo de Cultura Económica. México, 1996.

VOLTES, Pedro: *Barcelona durante el gobierno del Archiduque Carlos de Austria (1705 – 1714)*. Tomos I y II. Ayuntamiento de Barcelona y C.S.I.C. Barcelona, 1963.

OTROS:

Biblioteca Nacional de España (BNE): *Relación distinta del Combate en que el día 27 de Julio fué deshecha la Cavalleria del Enemigo, y puesta en confusa fuga, con todo su Exercito, por parte de nuestra Cavalleria, en las cercanias de Almenara*. Impresor Rafael Figueró. Barcelona, 1710.

Biblioteca de Cataluña (BC): *Relación sucinta de quanto ha sucedido en la Europa en el Año passado de 1710*. Impresor Rafael Figueró. Barcelona, 1711.

Archivo de la Corona de Aragón (ACA): *Dietaris de la Generalitat*, tomo N/108, año 1710.

Correspondance de Madame de Maintenon et de la princesse des Ursins. 1709: une année tragique. Édition établie, présentée et annotée par Marcel Loyau. Mercure de France, 2002.